

TEO ATEO

César Platas Brunetti
Octubre de 2008. P. S. Marzo 2009

El ateísmo parece ser un fenómeno en alza en nuestra sociedad. En el Reino Unido una campaña de publicidad autobuses en enero de 2008 dice: “Probablemente no hay dios, así que deja de preocuparte y disfruta de la vida”. Realmente es una campaña impactante, pero creo que lo que menos necesitamos es que nos involucren en una estéril diatriba. Más bien comprendo esta especie de “cruzada” como una reacción motivada por la beligerancia clerical (debida esta, a su vez, a la falta de vocaciones, apostasías y el descenso de la práctica religiosa) y a los diversos integrismos que asolan nuestra sociedad. Esto tiene mucho sentido ya que la tendencia a compensar es un mecanismo psicológico bastante frecuente en el hombre y cuando escoramos a la derecha nos inclinamos a la izquierda y viceversa. Sin embargo esta moda permite que hagan su agosto algunos con libros “superventas” o asociaciones al uso. Pero lo del ateísmo no es nada nuevo, a finales del siglo XIX el filósofo Nietzsche proclamaba “Dios ha muerto” y de eso ya han pasado más de cien años.

Si nos fijamos en la etimología de la palabra ateo, vemos que en su origen está compuesta por dos elementos: “a” o negación y “teo” o Dios; o sea, el que niega a Dios. Lo curioso de esto es que el ateo no sería nada sin Dios ya que lo necesita, aunque sea para negarlo. Ahora bien, es difícil destronar un absoluto sin colocar en el atril otro; la mente suele comprender por opuestos y sabe del blanco por su opuesto el negro, del bien por el mal, etc. Normalmente en la mente del ateo surge algo que reemplaza ese vacío dejado por Dios y es aquí donde nos encontramos con una amplia variedad de respuestas.

En la antigüedad, cuando se cuestionaba la religión imperante lo más corriente era crear una escisión y una nueva corriente renovaba la antigua tradición. Es el caso, por ejemplo, de Lutero cuando plantea la reforma de una religión opresiva defendida por un clero fundamentalista. En su época tuvo acaloradas discusiones con un obispo que afirmaba poseer “un huevo y dos plumas del Espíritu Santo”. Claro, que ante semejante afirmación, cualquiera de nosotros haría no una, sino varias reformas.

En la actualidad la mejor candidata para subir a la peana del absoluto es la ciencia. Los objetivos de la ciencia son claros: explicar, predecir y controlar; y esto es justamente lo que necesitamos: explicar lo que nos ocurre, predecir cómo solucionar estos problemas y controlar hacia donde dirigimos nuestras vidas. La religión hasta ahora dejaba muchas cosas en manos de Dios, pero la ciencia ha ido arrebatando, poco a poco, las parcelas típicas de la religión. Y ante los ojos de la mayoría parece que nada queda del misterio divino que alelaba a nuestros antepasados ante la magnificencia de la creación. Sin embargo, esto de endiosar a la ciencia (o mejor dicho a la pseudo ciencia) tampoco da buen resultado, ya que la ciencia es un constructo mental que nos permite avanzar de manera fiable en la oscuridad de la ignorancia, pero de ninguna manera plantea verdades absolutas. Siempre plantea hipótesis de trabajo que son aceptadas hasta que se demuestre lo contrario y que, debido a su alto grado de especialización, no da una imagen de conjunto de esto que llamamos “vida”.

Lo que más llama la atención de este neoteísmo es la ingenuidad de sus ideas. El biólogo Richard Dawkins, en “El espejismo de Dios” elabora, a partir de una lista encontrada al azar en Internet, una serie de principios morales válidos universalmente y no dependientes de la religión pretendiendo con ello demostrar que son valores comunes que no necesitan legitimación religiosa. Podemos estar de acuerdo en que no sean valores dependientes de una religión, en tanto a clero establecido, pero normalmente todo principio moral surge de una cosmovisión de lo que nos rodea y establece una escala graduada valorando unas cosas más que otras. El problema radica en: si esa cosmovisión es compartida por la mayoría o no. Desde luego sería insensato volver caer en la falacia del “Emilio” de Rousseau, donde el hombre es bueno por naturaleza y se espera que conserve esos valores morales innatos en él. Creo que está fuera de toda duda que la anomia, o sea la falta de leyes, conduce al

caos; de la misma manera que si el tráfico de una ciudad no estuviera regido por leyes se colapsaría (y aún así lo hace), así mismo nos veríamos abocadas a una frustrante anarquía vital.

Aún considerándolo como una simple manifestación de hedonismo no es inofensivo, sino que es, frecuentemente, el síntoma de algo más grave. El ateísmo es el resultado de un individualismo exacerbado feroz y suicida que atenaza al hombre de hoy. Digo que es feroz porque en aras del beneficio personal no dudamos en avasallar lo que sea para lograr nuestros anhelos. Suicida porque dentro de las múltiples consecuencias, de esta hidra de mil cabezas del individualismo, la más evidente es el desastre ecológico que está promoviendo. Nadie, en su sano juicio, por placer destruye su casa y nosotros como especie lo estamos haciendo.

En las raíces del ateísmo, una de las principales fuentes de conflicto surge al confundir la religión con el hecho religioso. Una cosa es la religión y otra el hecho religioso individual, propio y personal de cada uno de nosotros. Está claro que el hecho religioso en un momento dado puede generar una escisión y, por tanto, una nueva religión (como en el caso de Lutero) o una renovación de la misma (como San Francisco de Asís). Pero todo movimiento religioso, como todo organismo vivo: nace, crece, se reproduce y muere (o se transforma). Ahora bien, ¿cuál sería la finalidad de una religión? Religión viene de re-ligare, volver a unir, volver a unir al hombre con su esencia o lo que entendamos por ella; por tanto, debería ser un vehículo que permitiera al hombre acceder a una experiencia de unidad, al hecho religioso que me permita encontrar la paz, armonía y felicidad que anhelo y se me promete desde el comienzo del camino. Toda religión que no permita la vivencia de esto no puede ser considerada como tal.

El cartel de la campaña dice “probablemente” y esto deja una puerta abierta a la esperanza. Quién haya estudiado estadística sabe que la esperanza matemática se define multiplicando la probabilidad de acertar por el premio a obtener. Qué duda cabe que el premio en este caso es atractivo (Felicidad, Amor, Paz, etc.), lo que es difícil de cuantificar en este caso es la probabilidad de acertar y es lo que debemos saber de cualquier camino que elijamos. Esto es responsabilidad nuestra, aunque, en repetidas ocasiones, nuestra ignorancia para valorar estas sendas nos extravíen. Muchos sinceros buscadores iniciaron un camino con una serie de promesas que no se vieron cumplidas y al sentirse decepcionados creen que no existe Dios y se transforman en ateos. Esto explicaría el porqué necesitan a Dios para luego negarlo, quizás antes creyeron y ahora no lo hacen. Pero el ciclo dialéctico hegeliano de Tesis y Antítesis culmina con una Síntesis y es en esta síntesis donde cada uno debe encontrar su respuesta interior al dilema. No se trata de creer o no creer, sino de vivir, sentir, percibir que existe algo que da sentido a nuestra vida. Esta es la fuente de donde mana un orden que genera a su vez la escala de valores; valores necesarios para nuestro desarrollo pleno como seres humanos insertos en una sociedad construida para tal fin. Evidentemente, esos valores deben ser compartidos ya que este es el mejor antídoto al individualismo exagerado; encontrando así el justo equilibrio entre individualismo y gregarismo.

En una encuesta reciente a 149 destacados biólogos vieron que, en general, se consideraba a la religión como un producto socio-biológico de la evolución humana; vemos que aún, en un ambiente netamente evolucionista, la ciencia tiene que dar su lugar al hecho religioso. Si lo estudiamos desde el punto de vista antropológico y psicológico, independientemente de la cultura en que se dé, observamos que existen muchos puntos en común en sus distintas manifestaciones; esto nos induce a pensar, al igual que los biólogos, que este desarrollo es algo característico del ser humano. Si partimos de esta universalidad del hecho religioso en el hombre, vemos que una correcta vivencia del mismo nos conduciría al encuentro de valores comunes y éste es el camino para una humanidad integral e integradora. Integral porque no deja fuera ningún aspecto necesario para el desarrollo humano e integradora porque consciente de la fragilidad del medio que la rodea lo protege haciéndose una con él.

Existe una vieja tradición egipcia que dice que cuando el hombre haya alcanzado su desarrollo espiritual estará en condiciones de colocar el piramidón¹ en la cúspide de la gran pirámide de Guiza. El hecho religioso es como la cúspide de una montaña o de una pirámide, donde convergen todos los caminos: psicología, antropología, filosofía, física, ecología, etc. El hecho religioso es una experiencia transpersonal que derriba las barreras de la separatividad; generando una ecología vital necesaria para nuestra subsistencia como especie, ya que trasciende el salvaje individualismo reintegrándonos al universo del cual somos parte integrante y a la vez co-creadores. Este hombre reintegrado en la naturaleza es el macrocosmos encerrado en el microcosmos humano que, de esta manera se convierte en la cúspide de la pirámide, la cual sin su base no tiene sentido. En el comienzo de la ascensión las posturas suelen ser muy distantes, pero en la medida que subimos se van aproximando. Nada ni nadie debe limitar, con su dogmatismo o ignorancia, nuestra libertad para vivir esta experiencia.

P. S. Marzo 2009:

Desde que escribí este artículo muchas cosas han ocurrido. Un grupo de ateos de Barcelona se ha hecho eco de la campaña inglesa y ha contratado autobuses con la leyenda “Probablemente Dios...”. Una iglesia Protestante de Madrid “contraatacó” con otra campaña cuyo lema era “Dios existe...”. Algunos se posicionan en un bando, otros en el contrario y algunos más entre el escepticismo y la indiferencia se sienten desvinculados del tema tomándolo como algo anecdótico. Porque, entre campaña y campaña, como dice la ópera Turandot “la rueda de la vida sigue girando” y percibimos el vacío que nos queda en las manos cuando la arena del tiempo se escurre entre los dedos; sin encontrar algo que dé sentido a la existencia; sin poder desarrollar todo el potencial que habita en cada uno de nosotros.

¹ Piedra de remate final con forma piramidal y, normalmente, recubierta de oro.